

MUJER Y MEDICINA EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA: LA FIGURA DE LA PARTERA Y LOS INICIOS DE LA GINECOLOGÍA OCCIDENTAL

Maria de la Sierra Moral Lozano¹

RESUMEN: El mundo médico y científico de la Antigüedad ha legado una información y documentación, cuyos testimonios, en su inmensa mayoría son masculinos. Por otra parte, la Medicina antigua enseña poco sobre el cuerpo de la mujer, aun que el *Corpus Hippocraticum* lega un grupo de tratados que estudian las enfermedades de la mujer. Pero, la ciencia médica ha perdido elementos de observación importantes: no ha podido estudiar el cuerpo de la mujer en los dos ámbitos más extendidos para el conocimiento médico del cuerpo masculino: el del herido en el campo de batalla y el del gladiador. Por lo demás, tampoco podría acceder fácilmente al cuerpo femenino, porque las mujeres del mundo antiguo difícilmente se dejarían observar por hombres. Así pues, existe constancia de que las mujeres llevaron a cabo algunas prácticas médicas y ginecológicas en el mundo antiguo. Y una serie de fuentes variadas lo confirman, dado que hay testimonios arqueológicos, epigráficos, papiroológicos y literarios que evidencian esta realidad. Mujeres, medicina, antigüedad clásica.

PALABRAS CLAVE: Mujeres; Medicina; Antigüedad clásica.

ABSTRACT: The medical and scientific world of antiquity has left an information and documentation, which the testimonials, in their overwhelming majority are men. In the other hand, the ancient medicine teaches little about the woman's body, even that the *Corpus Hippocraticum* treated group willing to study diseases of women. But medical science has lost important elements of observation: it was not able to study the woman's body in two areas of higher prevalence in medical knowledge of the male body: the wounded on the battlefield and the gladiators. Otherwise, it could not easily reach the female body, because women in the ancient world no longer looked down

¹ Licenciada en Filología Clásica por la Universidad de Granada (España) en 1985 Profesora Agregada de Bachillerato (1987). Doctora por la Universidad de Jaén (2009) con la tesis "Helenismos y Mujer: del griego antiguo al español". Profesora Asociada de Filología Griega de la Universidad de Jaén (2009-2011). Ha participado como ponente en los diversos Talleres Doctorales sobre "Mundo de género, territorios de escritura", organizados por el Departamento de Lenguas y Culturas Mediterráneas de la Universidad de Jaén. Asimismo, ha publicado numerosos artículos en homenajes, revistas de su especialidad y libros colectivos de su grupo de investigación.

upon by men. So in this way, there is evidence that women performed some medical and gynecological practices in the ancient world. And a number of different sources confirm, since there are archaeological evidence, epigraphic and literary papyrological this reality. Women, medicine, classical antiquity.

KEYWORDS: Women; Medicine; Old classic.

El mundo médico y científico de la Antigüedad ha legado una información y documentación, cuyos testimonios, en su inmensa mayoría son masculinos. Por otra parte, la Medicina antigua enseña poco sobre el cuerpo de la mujer, aunque el *Corpus Hippocraticum* lega un grupo de tratados que estudian las enfermedades de la mujer.

Pero, la ciencia médica ha perdido elementos de observación importantes: no ha podido estudiar el cuerpo de la mujer en los dos ámbitos más extendidos para el conocimiento médico del cuerpo masculino: el del herido en el campo de batalla y el del gladiador. Por lo demás, tampoco podría acceder fácilmente al cuerpo femenino, porque las mujeres del mundo antiguo difícilmente se dejarían observar por hombres.

Son las mujeres las que se han examinado a sí mismas y ellas básicamente han informado a los médicos, cuyos escritos tenemos. Así, en el *Corpus Hippocraticum*, los tratados sobre la Naturaleza de la mujer, las Mujeres estériles o las Enfermedades de la mujer proceden de confidencias hechas por las comadronas a los médicos o por las propias mujeres. Algunas han adquirido tal competencia, que ayudan a su vez a otras mujeres, en calidad de parteras o comadronas. Esta ciencia las mujeres -como ya se ha dicho- la transmiten a otros médicos hombres, que permanecen en el parto tras una cortina, preguntando a la comadrona y sólo para intervenir en caso de grave peligro (Galeno, *Fac. Nat.* III, 3; Sorano IV, 9). Y los médicos aceptan las descripciones de las sensaciones de las mujeres hechas por ellas mismas.

Así pues, existe constancia de que las mujeres llevaron a cabo algunas prácticas médicas y ginecológicas en el mundo antiguo. Y una serie de fuentes variadas lo confirman, dado que hay testimonios arqueológicos, epigráficos, papiroológicos y literarios que evidencian esta realidad. Mujeres, medicina, antigüedad clásica

En cuanto a los términos utilizados para designar a estas mujeres que realizaron algunas prácticas médicas, las fuentes epigráficas o literarias son variadas. Pero, globalmente -creemos- pueden ser entendidos desde una doble óptica: por un lado está la *iatrine (medica)*, o en algún caso *archiistrate*, como femenino de *iatrós, (medicus)* “médico”, que ha recibido más educaci-

ón o formación científica, y, por otro lado la *maia* (*obstetrix*), la “partera” o “comadrona”, sobre todo con conocimientos prácticos, y hasta un híbrido, *iatro-maia* (*iatromaea*), creado sobre los dos términos.

1 MUJERES, MEDICINA Y GINECOLOGÍA EN EL MUNDO CLÁSICO

Creemos que es interesante recordar la anécdota referida a la que habría sido la primera mujer dedicada a la obstetricia en Atenas, según relata Higino (*Fabula* 274). Este relato apoya la idea de que las mujeres comenzaron esta profesión en la 2ª mitad del s. IV a. C., dato que queda corroborado por las evidencias epigráficas.

Según esta tradición, Agnódice era una muchacha que quería dedicarse a la obstetricia, movida por la compasión que sentía por las mujeres que morían en el parto. Agnódice era una joven de la alta sociedad de Atenas que vivió durante el siglo IV a. C. Dado que no era fácil que las mujeres aprendieran o ejercieran la medicina en esa época, tuvo que utilizar un recurso inesperado para conseguir sus propósitos: se vistió de hombre, se cortó el pelo y se fue a las clases de Herófilo –médico muy reputado y pionero en el estudio de la anatomía femenina- para ser instruida como médico, habiendo elegido muy sabiamente al “médico-profesor”, dado que Herófilo había estudiado en profundidad la anatomía pélvica femenina, e incluso escribió un tratado sobre ginecología, citado por Sorano de Éfeso.

Así pues, disfrazada de hombre logró seguir los cursos del célebre médico, superar brillantemente las pruebas y hacerse ginecóloga, sin revelar su verdadera identidad. Según la tradición, ejerció con tantos éxitos profesionales que llegó a despertar la envidia de otros médicos, que no dudaron en acusarla de abusar de sus pacientes, lo que hizo que fuera conducida al Areópago para ser juzgada. Fue en ese momento cuando Agnódice se vio obligada a desvelar su identidad y su sexo, por lo que entonces fue acusada de violar la ley. Pero, su valía personal y su buena práctica médica la salvaron, ya que las mujeres de algunos de los ciudadanos atenienses más importantes, a las que había curado, la defendieron y pudieron conseguir que la ley fuera inválida.

Y, aun que se discute a propósito de la historicidad de esta tradición, o si hubo parteras anteriores, lo cierto es que existen testimonios epigráficos que vendrían a apoyar las prácticas obstétricas femeninas en este tiempo. Pues una estela funeraria de la segunda mitad del s. IV a. C. menciona a una tal Fanóstrata, de la cual se dice que era *maia* (“partera”) y *iatrós* (“médico”).

Parece claro, pues, que existía la distinción, entre la figura de la “partera” o “comadrona”, avalada por su experiencia práctica y la “médico” o “ginecóloga”, más instruida en conocimientos médicos.

Se han conservado otros nombres de mujeres dedicadas a la medicina especialistas en obstetricia y ginecología, sobre todo documentados en fuentes epigráficas. En realidad, hay constancia de algunos nombres femeninos vinculados a la profesión médica, que el mundo antiguo nos ha legado. En efecto, aunque a veces son sólo nombres, o nombres ligados a una mínima información fragmentaria, lo cierto es que son recordados nombres de mujeres que llevaron a cabo prácticas médicas de medicina general, o, incluso en algunos casos de algunas especialidades, entre las cuales destacan las mujeres con dedicación a la obstetricia y ginecología. Muchas de ellas desarrollan su actividad en Grecia, pues básicamente son de procedencia griega, pero, de algunas se dice que ejercieron su labor médica entre los romanos. Dignos de recuerdo son algunos nombres, mencionados por Plinio el Viejo. Este autor romano recoge una pequeña lista de mujeres dedicadas a la medicina, entre las cuales menciona a varias en algún libro y luego a alguna de ellas en algún otro libro concreto. En efecto, se mencionan Elefantís, Lais, Olimpia de Tebas, Salpe y Sotira; y, aunque todas aparecen juntas en la lista, Plinio introduce algunas notas distintivas entre ellas. Así, Olimpia aparece en un registro de Plinio en la sección de *medici*, como una autoridad, sin embargo se incluye con las demás en otra lista donde figuran como *externi* “extranjeras”. Por su parte, Sotira, en solitario aparece acompañada del epíteto *obstetrix*; si bien luego se usa colectivamente el término *obstetrices* para referirse conjuntamente a Lais, Elefantís, Salpe y Sotira. Por tanto, de aceptar la información de Plinio, parece innegable la dedicación de las mujeres a la especialidad médica ginecológica. El saber enciclopédico de este autor romano deja constancia de que estas mujeres estaban especialmente interesadas en el cuerpo femenino y proporciona una serie de cuidados, recetas o remedios relacionados con la fertilidad femenina, el parto, el aborto, la menstruación, etc. Además, en concreto de Salpe se dice que también dejó algunas prescripciones afrodisíacas y recetas depilatorias, entre otros remedios.

Por lo demás, también merece ser recordado al menos algún otro nombre. En el siglo I a. C. los romanos ocuparon Egipto, tras anexionarse Grecia. Algunas mujeres, dedicadas a la práctica médica terminaron ejerciendo su profesión en territorio romano; puesto que en tierra helena ya era posible el ejercicio de la medicina, varias se desplazaron a Roma, donde destacaron en su oficio. Y entre ellas la tradición ha recordado algunos nombres, como el

de Filista, también especialista en obstetricia. Parece ser que esta especialidad médica consiguió despertar muy vivamente el interés por parte de las mujeres, quizás debido a una especie de principio femenino, más o menos tácito o interior, según el cual “la salud de las mujeres es un asunto de mujeres”.

Los testimonios literarios y epigráficos confirman el hecho de que no pocas mujeres realizaron prácticas médicas y especialmente ginecológicas en el mundo antiguo. Pero, otra cuestión importante también es el hecho de su contribución en los escritos médicos. La participación femenina en la literatura médica puede ser considerada desde una doble perspectiva: por una parte, están los textos (o partes de textos) a los que desde los tiempos antiguos se les asigna una autoría femenina y, por otra parte, hay referencias o citas, tanto de trabajos de mujeres, como de palabras, conservadas en textos de autores masculinos. Resulta este un tema discutido en el terreno de la literatura médica antigua, que, en general, presenta dificultades en cuanto a la autoría, sobre todo a partir del *Corpus Hippocraticum*, amplia colección de textos médicos, atribuidos de modo legendario a Hipócrates, pero, realmente considerados como una amplia colección de composiciones y trabajos anónimos o pseudónimos. En el campo de la literatura médica antigua circunstancias como la propia creación, publicación, difusión o supervivencia son cuestiones de vital importancia a la hora de constituir un legado de textos médicos. La situación a veces es complicada, pues son comunes las prácticas de compilación, reutilización o reorganización de textos, de tal manera que, incluso algunos filólogos llegan a hablar de una autoría “colectiva” o “sucesiva” más que individual de la medicina clásica, en función de las circunstancias.

Considerando estas dificultades de certeza en la autoría de los escritos, incluimos aquí el testimonio del gran médico Galeno de Pérgamo, establecido en Roma y médico de la corte imperial. Su obra reúne una gran tradición de tratados médicos y de farmacología previos, ordenado todo según una organización particular, con todo tipo de información, esquemas, pasajes con crítica, comentarios y explicaciones diversas. Contiene, pues, la obra toda una serie de extractos de escritos, que son básicamente colecciones de recetas, comúnmente anónimas, pero a veces se dan nombres, títulos y otro tipo de contribuciones o descripciones. Y es en este contexto en el que Galeno menciona el nombre de una mujer como responsable de un preparado médico. En un discutido pasaje el gran médico atribuye la autoría de una receta médica a base de *mirra* a cierta Aquilia Secundilla, quien a su vez figura también en otro lugar como la mujer que elabora otro remedio médico, en este caso un *emoliente*, preparado al estilo napolitano, según recoge Galeno. Y, aunque se

asocian otros nombres femeninos con diversos remedios en la farmacología galénica, destacamos el de Antioquís, considerada generalmente la misma Antioquís mencionada en un tratado farmacológico del notable médico del siglo I a. C., Heraclides de Tarento, y que fue identificada como Antioquís de Tlos (en Licia). Si se trata de la misma mujer, en este caso concreto queda constancia de que el hecho de que algunas mujeres ejercieran la medicina implicaba cierto prestigio social y un logro importante por parte de la mujer, al tiempo que un orgullo para los conciudadanos, que con placer aceptaron que se erigiera una estatua en su honor. En efecto, en la base de la misma una inscripción decía: “Antioquís, hija de Diadoto, de Tlos, reconocida por el consejo y por el pueblo por su experiencia en el arte médico, erigió una estatua de ella misma”.

Algunas de las evidencias epigráficas -como la anterior- constatan que al menos desde la primera mitad del siglo IV a. C. ya había mujeres en Grecia que ejercieron la medicina y algunas se especializaron en obstetricia y ginecología. Pero, de aceptar cierta información de Plinio el Viejo, algunas mujeres llegaron incluso a escribir tratados ginecológicos; en este sentido se habla de los trabajos de Metrodora. Sobre este nombre existe poca información, ya que sólo se conserva en un único manuscrito griego en el que figura en un texto médico incluido como extracto “de los trabajos de Metrodora”. Además algunos otros autores varones han insertado en sus obras de compilaciones farmacológicas algunas recetas o remedios atribuidos a nombres femeninos; además del de Metrodora, son mencionados también los de Cleopatra o Aspasia. Pero, los estudios se dividen al analizar la autenticidad o significado de estos nombres, a propósito de si verdaderamente representan a mujeres reales que al menos practicaron la medicina y también escribieron tratados ginecológicos. Existe mayor escepticismo en cuanto a los nombres de Cleopatra o Aspasia, dada la coincidencia onomástica con mujeres celebérrimas del mundo antiguo. En el caso de Metrodora -que no es un nombre de notoriedad histórica- se llega a pensar que tal vez pueda derivarse del nombre griego que designa el “útero” o “matriz” (gr. *metra*), de donde “Metro-dora”, nombre muy apropiado para una mujer dedicada a la obstetricia.

En cuanto al nombre de Aspasia, aparece en la colección médica de Aecio de Amida, autor del siglo VI d. C. Este legado médico plantea diversos problemas particulares como si es una simple compilación, o si es labor de compilador a la que habría que añadir aportaciones personales; o, por qué unas partes figuran como anónimas, mientras que otras se atribuyen a ciertos autores antiguos, etc. Pero, no hay duda de que en dicha colección

existe una gran exposición ginecológica; pues bien, uno de los principales autores citados es una tal Aspasia, de la que poco o casi nada se sabe. Se le atribuyen unas quince páginas de contenido ginecológico -ciertamente una producción escasa-, pero de algunos otros autores clásicos apenas se han conservado algunas líneas y gozan de gran reconocimiento. Los capítulos a ella asignados tratan de cuestiones ginecológicas muy variadas: cuidados que deben recibir las mujeres embarazadas, cuidados en los partos difíciles, o remedios abortivos, entre otros asuntos. En algunos de estos temas coincide con otro gran ginecólogo, Sorano de Éfeso, con el que algunos autores han comparado los pasajes similares, pero resulta difícil identificar la aportación personal de cada uno, dado que en la literatura médica en general y en la médico-ginecológica en particular es muy habitual la técnica de la compilación y el uso de fuentes comunes.

Por otra parte el nombre en sí, Aspasia, ya se presta a ser considerado con cierta dosis de escepticismo. Así se llamaba la *hetera* que conquistó el corazón de Pericles, famosa además por su inteligencia, lo que la llevó a ser reconocida por su prestigio intelectual en algunos círculos atenienses. Así se llamaba también una famosa cortesana que compartió la vida de Ciro El Joven. Pero, dado que este nombre aparece atestiguado muy poco en los datos epigráficos, algunos han pensado que podría tratarse de un pseudónimo, elegido conscientemente por alguien -incluso no se descartaría que pudiera ser un hombre- que con este nombre tendría los caminos literarios más abiertos.

Tampoco se libra de problemas de identificación y autoría el nombre de Cleopatra aportado por Galeno, como la autora de un buen número de recetas cosméticas que han llegado a él. En este caso no son remedios ginecológicos, sino cuidados cosméticos los recogidos, pero igualmente de procedencia femenina. Son muchos los farmacólogos que fueron legando sus recetas en los primeros siglos de la era cristiana, y, tal vez, este recetario cosmético registrado por Galeno a nombre de Cleopatra, fuera cercano a él en el tiempo. Se sabe que en esa época ya había mujeres que practicaban la medicina, pero este nombre invita a pensar a algunos que tras él podría esconderse un pseudónimo -como en el caso de Aspasia-, porque ¡nadie como Cleopatra sería tan reconocida por sus recetas de belleza!, lo que habría invitado a alguna mujer a registrar sus recetas cosméticas con este nombre. Pero, también se puede pensar que podría tratarse de una mujer real, dedicada a la medicina y que llevara el nombre de Cleopatra por casualidad, dado que este nombre llegó a ser relativamente común en la Antigüedad tardía.

En cualquier caso, no deja de resultar curioso que dos de los nombres femeninos, asociados en el mundo antiguo a mujeres que escribieron textos médicos, transmitidos y conservados durante siglos, coincidan con los nombres de dos de las figuras femeninas más afamadas de la Antigüedad: Aspasia y Cleopatra. Dos mujeres con vidas paralelas en cierto sentido: ambas sedujeron y conquistaron a los hombres más poderosos de su tiempo y tuvieron gran influencia en sus épocas respectivas, una en ámbito griego, otra en ámbito romano; y ambas fueron admiradas, con cierta dosis de ambigüedad, por el magnetismo que parecían irradiar debido tanto a su belleza como a su inteligencia o astucia.

También el mundo romano lega documentación importante en este campo, pues además del testimonio literario, algunas inscripciones avalan esta dedicación femenina a la medicina y al mundo de la ginecología. Así, por ejemplo, una estela funeraria de un *columbarium* de Roma (s. II d. C.) menciona a una tal Primila, “médico”; otra inscripción funeraria de la Bitinia imperial romana deja constancia de una tal Empiria, “médico” también; o además otras dos inscripciones romanas, que recuerdan a Venuleya Sosis, “*medica*”, con la condición de “liberta”, o a Salustia Ateneis, “*opstetrix*”.

Las inscripciones funerarias revelan también otro dato interesante, pues en algunas se refleja que la práctica médica se ejercía por parte de personas que tenían vínculos familiares entre sí. Así, un tal Aurelio Pontoniano Asclepiades nos deja una base de estatua en Pisidia, en el s. III d. C., con una mención funeraria que reúne a toda la familia: él mismo, su esposa, Aurelia Alexandra Zósima, “por su conocimiento médico” y su hija. Quizás también deba ser recordada otra pareja, unida por una doble condición digna de reseña: ambos libertos y ambos dedicados al ejercicio de la medicina. Una estela funeraria de la temprana época imperial romana nos habla de Naevia Clara, recordada como *medica philologa*, mientras que su esposo, L. Naevius, también liberto, aparece en la inscripción como *medicus chirurgus*, los dos médicos, pero con distinta “especialización”. El hecho de que los dos miembros de la pareja se dediquen a la medicina no parece un caso aislado, ya que hay más testimonios en este sentido. Destacamos a continuación el de una pareja de médicos, cuyos nombres no aparecen en la inscripción, pero el caso es digno de mención, porque deja constancia clara de que ella “aunque siendo mujer” superó a su esposo en su “técnica” médica.

Este legado epigráfico, básicamente epitafios e inscripciones funerarias, es fundamental para el reconocimiento de la ocupación femenina en el ámbito médico y ginecológico. Pues, las fuentes literarias en este contexto de la

medicina general o ginecológica, a veces, plantean más problemas filológicos a la hora de aceptar fechas, autoría, etc. En cambio, las fuentes epigráficas parecen más sólidas y fiables.

Por tanto, creemos, se puede concluir que, a juzgar por las inscripciones sepulcrales las mujeres en este tiempo tuvieron acceso a la educación; y en las estelas epigráficas son recordadas mujeres dedicadas a la filosofía, a la poesía o, como en este caso, a la ginecología.

2 LA FIGURA DE LA PARTERA EN EL MUNDO GRIEGO CLÁSICO

Así como existen ciertas parcelas o ámbitos en que se da una preponderancia masculina, parece ser que la mujer sí tiene asignada una misión más que importante en todo lo que atañe a la vida: la vida es un tesoro que se deposita en manos de la mujer. Por tanto, la mujer desempeña un papel primordial en el momentos cruciales de la vida, como en el nacimiento, en la crianza, en los “ritos iniciáticos”, en la boda, o en la hora del adiós a la vida, siendo protagonista indiscutible en los ritos funerarios.

En la Grecia Antigua son las mujeres quienes ‘traen’ la vida al mundo, y no porque son las que paren -hecho que es una evidencia biológica-, sino, porque entonces muy pocas serían las mujeres que se dejarían ‘ayudar’ en tal momento por un hombre. Para que sirva de orientación, baste la afirmación de que en todo el *Corpus Hippocraticum* sólo existe constancia de dos tactos vaginales. Y es que, por lo general, la mujer se negaba a que un varón accediera a su privada anatomía femenina, ni siquiera en el embarazo o el parto. En el momento del parto, la mujer recibía la atención de la ‘partera’, y, en algunas ocasiones podía haber un médico disponible cerca, pero en poquísimas ocasiones actuaría.

La mayoría de datos relativos al parto o temas específicos de las mujeres que estaban escritos, aunque fuera por médicos (varones), era a partir de las informaciones que iban recibiendo de estas ‘parteras’ y de las propias mujeres -como ya se ha dicho-, pero no por una observación directa hecha con sus propios ojos, porque las mujeres en ese tiempo no se prestarían a tales reconocimientos o revisiones médicas.

Una vez hecha esta observación previa, que ayuda a entender el porqué de la ‘exclusividad’ de esta ocupación femenina, pasamos a comentar algunos otros aspectos de esta profesión, la de partera. Y entre ellas, quizás una de las más conocidas sea la madre de Sócrates; y sabemos bastantes cosas relativas

a su oficio por las aportaciones de su hijo. Sócrates habla claramente de lo que hace su madre, y, según él, es un oficio extraño, pero ‘oficio’ al fin y al cabo. Y Sócrates lo repite varias veces, es una *téchne*, y no se trata de una metáfora. Sin embargo, hay que añadir algo muy importante: la ‘técnica’ no es suficiente, ya que para ejercer este oficio es necesario que la mujer haya alcanzado la menopausia; sólo las mujeres que ya no pueden parir ayudan a parir a las otras. Esta es la regla y cada uno, como Sócrates conoce la causa de esto. He aquí las palabras del diálogo platónico entre Teeteto y Sócrates:

– Sócrates: Ten en cuenta lo que pasa con las parteras en general y entenderás fácilmente lo que quiero decir. Tú sabes que ninguna partera asiste a otras mujeres cuando ella misma está embarazada, sino cuando ya es incapaz de ello.

– Teeteto: Desde luego.

– Sócrates: Dicen que la causante de esto es Ártemis porque, a pesar de no tener hijos, es la diosa de los nacimientos. Ella no concedió el arte de parrear a las mujeres estériles, porque la naturaleza humana es muy débil como para adquirir un arte en asuntos de los que no tiene experiencia, pero sí lo encomendó a las que ya no pueden tener hijos a causa de su edad, para honrarlas por su semejanza con ellas.

Así pues, en la figura de la ‘partera’ se tienen que descubrir algunos rasgos de carácter y personalidad definidos, pues de la ‘partera’ en ocasiones se esperaba algo más que la ‘asistencia física’ al parto. Y es oportuno mencionar que para ser ‘partera’ la mujer -como ya se acaba de decir por “boca” del propio Sócrates- tenía que cumplir al menos dos condiciones: haber sido madre y ser ya menopaúsica. Además es necesario conocer la ‘técnica’ y todos los procedimientos que usan las *maiai* y que parece que tienen algo de mágico. Pues continúa Sócrates informándonos sobre las capacidades y cometidos de una partera: ellas, además pueden dar drogas y pronunciar ensalmos para acelerar los dolores del parto o para hacerlos más llevaderos, si se lo proponen. También ayudan a dar a luz a las que tienen un mal parto, y, si consideran que es mejor el aborto por considerar todavía el fruto inmaduro, también hacen abortar. En su modo de actuar hay un procedimiento físico- y sortilegios- y un procedimiento simpático. Imaginamos, pues, que ella es el objeto a la vez del odio y de las solicitudes. Ella, que sabe avanzar o retardar el término del embarazo, que puede dominar el dolor, es intermediaria obligada para el

aborto. La *maia* es ginecóloga-obstetricia, pero, como sus colegas actuales, su papel no queda limitado a las cuestiones estrictamente médicas, sino que se halla en medio de dificultades psicológicas, de relaciones personales y económicas de la pareja. Hay constancia en estelas funerarias de la relación de algunas familias con muchas de sus viejas parteras.

Pero, Sócrates, bien familiarizado con la profesión por su madre, nos habla de este oficio. Las *maiai* están bien dotadas en materia de biología, y además dominan un arte que se parece al de ‘cuidar y recoger los frutos de la tierra’. A través de esta metáfora, y estableciendo una analogía con el cultivo, ellas deben saber ‘qué planta y semilla (*sperma*) se debe echar (arrojar)’. Es decir, la *maia* sabrá qué recién nacido conviene exponer y cuál se debe conservar. Por tanto, supone un papel decisivo de la mujer en el momento del nacimiento. Y continúa Sócrates razonando que es natural que estas ‘viejas’ tengan una habilidad extrema en reconocer qué mujer se debe unir a qué hombre para traer al mundo a los mejores hijos, lo que viene a convertirlas en ‘las más expertas alcahuetas’. Y, a decir de Sócrates, parece que se sienten más orgullosas por esa especial habilidad como “casamenteras” que por saber cómo hay que cortar el cordón umbilical. Y continúa Sócrates confesando cierto temor por parte de las parteras: a pesar de ser las personas que estarían más capacitadas para saber aconsejar una “recta disposición de los casamientos”, temen que por desempeñar esta ocupación, se las pueda acusar de fomentar la prostitución, al proponer o propiciar determinadas uniones entre hombres y mujeres.

Pero, conocen muchos aspectos y secretos de una profesión y una ‘técnica’ que impone respeto; aparear los sexos, intentar hacer nacer el amor, recibir la visita de amantes afligidos, etc., todo un compendio de actividades asociadas a su oficio. Y, puesto que estas parteras al mismo tiempo eran especialistas en el arte de la exposición de niños, ¿no se podría pensar en la posibilidad de un ‘tráfico’ de niños? Así al menos lo imaginó Aristófanes; el comediógrafo, en las *Tesmoforias* (vv. 500- ss.), refiere este hecho. La protagonista hace una reflexión: las mujeres están enfadadas con Eurípides, porque –según ellas- ha dicho cosas malas de las mujeres en sus obras, por ejemplo, de Fedra. Pero, continuando su reflexión, dice que el tragediógrafo divulgó “dos o tres maldades” femeninas de las que se enteró, pero “hacemos otras infinitas” de las que no ha dicho nada. Entonces la protagonista refiere algunas de estas “hazañas” femeninas. Así Aristófanes nos presenta en escena la historia de una *graus* “vieja” que ha vendido un niño a una mujer de la que es cómplice, la cual ha fingido haber parido para engañar a su marido. Este

niño había sido expuesto por otra familia; Aristófanes nos pone en escena una vieja revendedora de bebés, pero es más que eso, es una vieja, inmoral e indecente. He aquí la mencionada escena de la comedia aristofánica:

Y yo sé de otra que estuvo diciendo diez días que tenía dolores de parto...hasta que compró un bebé. El marido venga a correr de un lado a otro comprando remedios para acelerar el parto: y entre tanto lo metió en la casa una vieja, dentro de una olla, al bebé, con la boca taponada con cera, para que no llorara. En cuanto la vieja le hizo una señal, grita enseguida la mujer: “Sal fuera, sal fuera, marido mío, creo que voy a parir”. Es que el niño había dado una patadita en el vientre...de la olla. Él salió todo alegre, la otra quitó la cera de la boca del niño, este rompió a llorar. Y la maldita vieja, la que había traído el bebé, corre toda sonrisas al marido y le dice: “Un león, un león te ha nacido, un vivo retrato tuyo: todo lo demás y también el pito, igualito que el tuyo, redondito como una piña.

Algunas ‘viejas’, como suelen ser estas parteras y mujeres de otras profesiones, como, prostitutas, magas, etc., nos muestran un retrato sombrío de estos personajes, y sus poderes o sus ‘actuaciones’, las convierten poco menos que en imprescindibles, de modo que suelen gozar de una libertad impensable para una mujer de ese tiempo.

3 LA PARTERA IDEAL SEGÚN SORANO DE ÉFESO

Pero, además de los valiosos testimonios literarios que pueden dejarnos personalidades de la talla de Platón o Aristófanes, en nuestra opinión resulta de capital importancia incluir aquí el testimonio de Sorano de Éfeso. Este es un ginecólogo de la segunda mitad del s. I d. C., nacido en Éfeso, y de formación griega, que terminó ejerciendo su especialidad médica en Roma, bajo el reinado de Trajano y Adriano, como su compatriota y coetáneo, Rufo de Éfeso.

Sorano procede de Grecia, pero se ha afincado en Roma. Y le resultará muy difícil entender y aceptar algunas cuestiones de lo que se podría definir como “*gineconomía*”, o “política en relación con la mujer”. Es una política ejercida por los hombres, sobre el cuerpo de la mujer. Y desde una doble perspectiva : la familiar, ejercida por dos hombres , el padre y el marido; y la política de todos los hombres, la ejercida por la ley.

A Sorano le costará mucho aceptar la corta edad con que en Roma se entrega a una niña en matrimonio, pues con frecuencia, con menos de 12

años puede ser dada en matrimonio a un hombre de 30 años, debido a la gran ignorancia de la anatomía femenina. Los romanos desconocen la configuración de la vagina y es una práctica bastante extendida que se produzca la desfloración antes de las primeras reglas, pues consideran un privilegio “abrir el paso a las reglas”.

Si Sorano ya sabe por su experiencia en Grecia que las jóvenes griegas, casadas a los 16 o los 18 años, sufren embarazos que pueden obstaculizar su crecimiento, ve que la situación puede ser mucho más grave en el caso de las jóvenes romanas. De hecho, en su tratado ginecológico, el capítulo octavo lo tituló: “¿Hasta qué edad hay que mantener vírgenes a las hijas?”. Aquí sugiere Sorano que los padres no deben casar a sus hijas hasta después de comenzadas las reglas, en general hacia los 14 años. Sorano ha visto partos de estas madres-niñas que provocan desgarramientos uterinos, por lo que indica la conveniencia del aborto en el caso de embarazos muy precoces. Afirma Sorano que algunas se han quedado embarazadas antes de ver la regla.

Tanto Sorano, como su compatriota Rufo de Éfeso inciden en cuestiones como esta, aún a sabiendas de que muchos no van a seguir sus consejos. A veces se veían en la obligación de suministrar a estas jóvenes medicinas peligrosas para ellas, y tuvieron que tomar decisiones. Así, Rufo se vio en la obligación de prohibir toda clase de emenagogos en las vírgenes.

Los hombres desean mujeres muy jóvenes y las quieren inmediatamente fecundas, por una obligación legal, ya que desde Augusto la ley apremia a tenerlos. Sorano y Rufo de Éfeso desarrollan su labor médica en este contexto socio-político; con esta gineconomía vigente. En primer lugar, hay que elegir una mujer joven, con caracteres de mujer fecunda; en segundo lugar, seguir unos consejos para que la relación sexual conduzca a una concepción segura. Y, finalmente, hay que tener cuidado de la mujer durante el embarazo y cuidados para que el niño viva. Sorano de Éfeso es un gran defensor de los dos últimos aspectos, lo que dice mucho de su humanidad, al tiempo que esto significa un importante progreso en la ginecología antigua y supone un paso de gigante en la ciencia griega antigua.

Este contexto histórico y esta experiencia vital suya, tal vez, ayudan a comprender por qué Sorano de Éfeso escribe su tratado ginecológico -el primero que se conserva en Occidente-, *Enfermedades de las mujeres*, pensando en las parteras y divide su obra en dos partes: la primera, que concierne a la *partera*, y la segunda, sobre las *tareas* que incumben a la *partera*. El autor aclara en el prefacio que otros autores han tratado este tema de otras formas; pero él ha querido centrarse en la figura de la partera. Primero, “*sobre la que va a*

ser partera” y entonces -dice él- “*buscamos quién es la más apta para ser partera*” y segundo, “*sobre la que ya es*”, “*buscamos quién es la mejor partera*”.

Así pues, tras el prefacio inicial, incluye al comienzo de su obra dos cuestiones que consideramos muy valiosas para este estudio. Comienza planteándose *quién es apta para hacerse partera*. En cuanto a quién reúne las cualidades idóneas para convertirse en partera, Sorano dice que es mejor evitar hacer esfuerzos inútiles tratando de enseñar a personas incapaces. Quien resulta adecuada reúne una serie de virtudes o cualidades, que él relaciona y justifica convenientemente.

He aquí dichas cualidades: *instrucción elemental, vivacidad de espíritu, memoria, celo en el trabajo, discreción, sensibilidad, de miembros proporcionados, fortaleza* y añade Sorano que algunos autores consideran también cualidad muy importante el hecho de tener *dedos largos y finos y las uñas a ras*.

La *instrucción elemental* para que por medio de la teoría adquiera la técnica; la *vivacidad de espíritu*, para seguir atentamente lo que se le dice o lo que pasa. La *memoria* le sirve para adquirir conocimientos que se le inculcan, porque “conocer” o “saber” es acordarse de lo que se ha aprendido. El *celo en el trabajo* le da la facultad de hacer frente a los imprevistos, pues es necesaria una resistencia masculina a la mujer que desea adquirir tal enseñanza. La *discreción* se justifica “porque se le confían casas y secretos de la vida, y las que no son serias utilizan pretextos para tratar alguna cosa deshonesta bajo sus pretendidas competencias médicas”. También le son necesarios “*sentidos agudizados*”, porque tendrá que registrar unos datos al *ver*, otros al *escuchar* las respuestas a unas cuestiones que ella plantea y otros a través del *tacto*. Si sus *miembros* deben estar *bien proporcionados*, es para evitar toda molestia en las actividades de su ministerio y la *fortaleza* o robustez se impone en razón de la fatiga física que le causan las vueltas y andanzas continuas. Y también debe de tener los *dedos largos y finos y las uñas a ras* para poder tocar sin arriesgarse a dañar las zonas profundas inflamadas.

Tras la exposición de este ramillete de virtudes y características que deben adornar a la partera, Sorano trata el asunto de *quién es la mejor partera*. Pretende así que las *mejores* parteras, ya experimentadas, se conviertan en modelos para ser emuladas por las parteras debutantes. Sorano distingue entre la que se dedica sin más a sus tareas médicas, y la que él considera la *mejor*, que ha adquirido conocimientos teóricos y una sólida experiencia en sus competencias profesionales. Para él la *mejor* partera es la que se ha adiestrado en todas las partes de la terapéutica; en efecto, ciertos casos hay que tratarlos por el régimen, otros por la cirugía, mientras que otros mejoran gracias a los medicamentos. Es la *mejor* la que es capaz de hacer prescripciones, de

ver lo general y lo particular... No cambia de método ante la variación de los síntomas, sino que presta sus cuidados de acuerdo con el desarrollo de la enfermedad, sin abandonar la calma y sin venirse abajo en los momentos críticos. Ella puede justificar con coherencia los remedios que prescribe; tranquiliza a las pacientes, comparte sus sufrimientos, sin que necesariamente ella haya tenido hijos, como quieren algunos, que pretenden que conocer la experiencia de los dolores da facilidades para compartir con las parturientas.

Esta es la partera ideal que propone Sorano como ejemplo para las otras mujeres que quieran desempeñar este hermoso oficio de ayudar a traer vidas al mundo. Con aquellas mujeres que no tengan estas cualidades, parece ser, que no sería aconsejable adiestrarlas en este noble arte, porque con su mal ejemplo podrían dañar la imagen de una profesión tan digna como debe ser la de partera o comadrona.

Y, como reflexión final, se puede concluir que el oficio de “partera” o “comadrona” en el mundo griego antiguo era un privilegio exclusivo de la mujer, dado lo delicado e íntimo del momento del parto, con las posibles complicaciones biológicas y de otro tipo que podía acarrear. Recuérdese que la exposición de niños no deseados o no aceptados por las más diversas causas no era un hecho inusual, por lo que en algunas ocasiones habría que “desahacerse” de la criatura, “trasladarla” a algún lugar, “colocarla” en otra familia deseosa de descendencia, etc.; de ahí la escena parodiada por Aristófanes en su comedia. Por ello, Sorano creía cualidades imprescindibles en la partera la vivacidad de espíritu, fortaleza, sentidos agudizados y discreción, porque en ellas residían la confianza y, tal vez, los secretos de muchas personas y hogares.

Por lo demás, no hay duda de que hubo mujeres que practicaron la medicina en general o la ginecología en particular, según avalan las inscripciones epigráficas o las fuentes literarias. Por lo que se refiere a los escritos o tratados ginecológicos, aunque se conservan algunos nombres femeninos, en ocasiones la crítica filológica debate acerca de la autenticidad y autoría del material conservado.

Y, para finalizar, en cuanto a los términos utilizados, parecía existir una duplicidad, por un lado existía la *iatrine* o *iatrós*, “médico” (*medicus*), de sólida formación intelectual, y junto con ella, la *maia*, “partera” o “comadrona” (*obstetrix*), reconocida por su práctica. Y en algunas ocasiones –las menos, se rastrea en pocas inscripciones- se menciona este oficio o arte con el híbrido “*iatromaiai*” (*iatromaeae*), o, lo que es lo mismo “médico-partera” o “médico-matrona”. Este término vendría a implicar una especialización médica con el trato específico para los partos, lo que supone un avance serio e importante en

el mundo antiguo, pues se trata de reconocer la experiencia y ciencia de estas mujeres en su trabajo, lo que viene a corroborar las palabras de Sócrates, en la idea de que se trataba de una *'téchne'* en toda regla, con determinado prestigio social, que a veces lleva a erigir inscripciones funerarias que inmortalizan la vida, el nombre y el reconocimiento a la dedicación de aquellas parteras que ejercieron este noble oficio con entrega y dignidad.

REFERÊNCIAS

- COLE, S. Could Greek women read and write? En: FOLEY, H. (Ed.). *Reflections of women in antiquity*. Philadelphia, PA, 1981. p. 219-45.
- DEAN-JONES, L. *Women's bodies in classical greek science*. Oxford, 1994.
- FLEMMING, R. *Medicine and the Making of Roman Women: Gender, Nature, and Authority Fromm Celsus to Galen*. Oxford, 2000. p. 35-7.
- _____. Women, writing and medicine in the classical world. *Classical Quaterly*, 57. I, p. 257-279, 2007.
- GUARDASOLE, A. (Ed.). *Eraclide di Tarento: Frammenti*. Naples, 1997. p. 83-106 y 108-18.
- HAINES-EITZEN, K. Girls trained in beautiful writing: female scribes in Roman antiquity and early Christianity. *JECs*, 6, p. 629-46, 1998.
- HEMELRIJK, E. *Matrona Docta: Educated Women in the Roman Elite*. London, 1999.
- KING, H. Agnodike and the profession of medicine. *PCPbS*, n. s. 32, p. 53-77, 1986.
- _____. *Hippocrates' Woman Reading the Female Body in Ancient Greece*. London/New York, 1998.
- LLOYD, G. E. R. *Science, Folklore, and Ideology*. Cambridge, 1983.
- PARKER, H. Women doctors in Greece, Rome, and the Byzantine empire. En: FURST, L. R. (Ed.). *Women Healers and Physicians: Climbing a Long Hill*. Lexington, KY, 1997. p. 131-50.
- ROBERT, L. L'index commenté des épitaphes. En: FIRATTI, N. *Les stèles funéraires de Byzance gréco-romaine*. Paris, 1964. p. 175-8.
- SAMANA, E. *Les médecins dans le monde Grec*. Geneva, 2013. p. 15-16.
- SCARBOROUGH, J. Pharmacy in Pliny's Natural History: some observations on substances and sources. En: FRENCH and GREENWAY (edd.). *Science in the Early Roman Empire*. London, 1986. p. 59-85.
- SEGURA MUNGUÍA, S. *Diccionario etimológico de Medicina*. Bilbao: [s.n.], 2004.
- WELLMANN, M. Xenokrates aus Aphrodisias. *Hermes*, 42, p. 614-29, 1907.
- _____. Beiträge zur Quellenanalyse des Älteres Plinius. *Hermes*, 59, p. 129-56, 1924.